

Postconvencionales

No. 2, agosto 2010, pp. 111-114
Escuela de Estudios Políticos y Administrativos
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Reseña de:

♣ Murdoch, Iris (2001). *La soberanía del Bien*.
Madrid: Caparrós.

Ética y visión de la trascendencia

Gonzalo Gamio Gehri

Pontificia Universidad Católica del Perú
Universidad Antonio Ruiz de Montoya

Iris Murdoch (1919-1999) es una de las pensadoras y novelistas más importantes del siglo XX. Sus novelas son celebradas por la crítica literaria europea. Su trayectoria filosófica, por desgracia, es menos conocida entre el público iberoamericano. Alumna de Wittgenstein y devota lectora de Platón, sus obras están dedicadas fundamentalmente a la filosofía moral, a la crítica de la filosofía existencialista y a las relaciones entre la filosofía y la literatura. Sus textos filosóficos han inspirado decisivamente los cuestionamientos contemporáneos al individualismo en sus versiones ilustrada y postmoderna.

Una de sus obras más influyentes es sin duda *La soberanía del Bien*. Se trata de una compilación de ensayos en los que fustiga duramente el exacerbado individualismo presente en la ética contemporánea —obsesionada con la figura del “elector racional”— y un intento por recuperar una comprensión platónica de la vida buena. Murdoch insiste en que, en buena medida, la filosofía consiste en el examen crítico de las *metáforas* que dan cuenta de nuestra condición en el mundo, una disposición que el pensamiento positivista y analítico ha intentado soslayar introduciendo un supuesto lenguaje explicativo y “neutral” (no metafórico) en el análisis de la conducta. El individuo así descrito es un sujeto atomizado y libre. Es cierto que esta filosofía práctica ha



acompañado a menudo a la vindicación de las democracias liberales: “debe decirse en su favor que esta imagen de la naturaleza humana ha sido la inspiración del liberalismo político. Sin embargo, como sabiamente Hume observó una vez, la buena filosofía política no es necesariamente buena filosofía moral” (Murdoch, 2001, p. 84). Nadando a contracorriente, la autora dedica este libro a la defensa de la metáfora de la *visión*, proyectándola hacia el campo de la reflexión ética.

El objetivo de la ética es la vida y la vida buena (*zein kai euzein*). En este sentido, la autora desestima los intentos contemporáneos por fundar la filosofía moral en el exclusivo análisis del lenguaje —o los modos de “conducta”— en uso:

La ética no debería ser meramente un análisis de la mediocre conducta corriente, debería ser una hipótesis sobre la buena conducta y sobre cómo pudiera alcanzarse. ¿Cómo podemos hacernos mejores? Es una cuestión que los filósofos morales deberían intentar responder. Y si estoy en lo cierto, la respuesta llegará, al menos en parte, en forma de metáforas explicativas y persuasivas (Murdoch, 2001, p 82).

A este proyecto subyace una peculiar concepción (“fenomenológica”) de la condición humana. Murdoch pide al lector considerar dos suposiciones que considera razonables. En primer lugar, que los seres humanos somos básicamente egoístas, y que no existe un *télos* externo y unitario que guíe la vida humana hacia una dirección definida. La primera afirmación —sostiene— echa raíces en la experiencia cotidiana, y en las evidencias que proceden del trabajo de la psicología y del psicoanálisis. Por lo general, estamos concentrados excesivamente en nosotros mismos, nuestros intereses y sensaciones, lo que no nos permite comprometer nuestra mente y carácter con una realidad trascendente que pueda brindarle pautas para el discernimiento y la acción. El alma tiende a soñar despierta, a buscar permanentemente autocongratulación o autoconsuelo. Se repliega constantemente frente a cualquier circunstancia que no le sea grata. *La ética supone salir hacia fuera y ver lo que (realmente hay)*.

La pensadora irlandesa confiesa que no es posible ofrecer un argumento *definitivo* que demuestre la inexistencia de un *télos* externo, aunque tampoco podemos contar con un argumento que demuestre su existencia. “Existen realmente muchas pautas y finalidades en la vida, pero no existe una pauta o finalidad general y, como si dijéramos externamente garantizada, del tipo que los filósofos y teólogos solían buscar” (Murdoch, 2001, pp. 82-83). Murdoch aboga por un examen realista de la condición humana. La pregunta por la clase de vida que hay que vivir implica una elaboración una interpretación rigurosa sobre el tipo de animales que somos. No duda, por ello, en recurrir a Freud con el mismo entusiasmo con el que recurre a Platón y a Aristóteles. Sostiene que no existe ninguna razón que nos lleve a sostener que la naturaleza humana está guiada por una suerte de *télos*. Lo que tenemos es una psique egocéntrica, autoindulgente, que fantasea con sus limitadas expresiones de libertad. “Somos lo que parecemos ser”, advierte nuestra autora, “transitorias criaturas mortales sujetas a la necesidad y al azar” (Ibid. p. 83). Las apelaciones al Plan de Dios, la estructura de la razón o al curso lineal de la historia no conseguirán remover del todo esa tendencia al ensueño y al autoengaño.

Murdoch nos invita a buscar estrategias que rompan esa ilusión egotista; tomar medidas que nos permitan rasgar el velo, y salir hacia la aprehensión del no-yo. La filosofía moral procura iniciarnos en el esfuerzo por resistir al suave canto de sirena del yo; ella hurga entre nuestras vivencias para identificar aquellas que contribuyan a la liberación del yugo de lo subjetivo. La experiencia de la belleza de la naturaleza y del arte —sostiene, evocando una poderosa tesis evocada por Platón en el *Fedro*— nos arranca fuera de la subjetividad y nos mueve hacia aquello que nos trasciende. Produce en nosotros una suerte de “cambio de actitud”, una especie de *metánoia*. Platón sostiene que la belleza es la única cosa que amamos instintivamente. Murdoch señala que la experiencia de lo bello nos conmueve y pone en suspenso nuestros afanes cotidianos. El problema es que el Bien no suscita este movimiento inmediato del alma. No amamos el Bien con ese impulso espontáneo y poderoso con que se revela el amor por la belleza. El amor por el Bien supone la educación del juicio y del carácter, requiere orientar radicalmente los deseos hacia una dirección diferente.

Ese peculiar impulso hacia lo que trasciende al yo Murdoch lo toma de Platón, pero también de Simone Weil. Los escritos de esta notable y aguda pensadora y mística francesa ofrecen una descripción aguda e implacable —en clave religiosa— de las debilidades humanas que nos alejan de lo que es justo y verdadero.

La vida, tal como se ha hecho para los hombres, sólo puede soportarse en la mentira. Quienes rechazan la mentira y prefieren saber que la vida es intolerable, sin que ello signifique rebelarse contra su suerte, terminan por recibir de afuera, de un lugar situado fuera del tiempo, algo que permite aceptar la vida tal cual es (Weil, 1964, p. 14).

Precisamente, de lo que se trata es de lograr una percepción más lúcida de aquellos claroscuros que plantea la vida misma; por eso Murdoch —siguiendo a Weil, pero desde referentes no religiosos— sostiene que la ética tiene que fundarse necesariamente en el conocimiento de la realidad y en la liberación de la ‘fantasía’, urdida por el yo. La autora plantea una nueva pedagogía de la ‘visión’ que lleve a los agentes a la presencia del Bien. A juicio de Murdoch, el cultivo del arte nos permite incluso adquirir un tipo de disciplina (y de “virtud”) que nos permite educar la mirada, enfocándola en modelos de perfección que nos liberan del tipo de fantasía egoísta. Nos enseña a no ocultar los efectos del azar y de la conciencia de la mortalidad en el curso de la propia vida.

La soberanía del Bien entabla una lucha dramática contra la ética contemporánea de inspiración individualista. El hogar del Bien no se encuentra en los derroteros del yo y sus expectativas de maximización de utilidades, sino en la realidad que se resiste a ser encasillada a la medida de nuestras presuposiciones e intereses. La autora encuentra en la filosofía clásica y en las religiones —pese a no ser “creyente”, en un sentido tradicional del término— mecanismos útiles para poner en suspenso nuestra permanente referencia al yo y dirigir nuestra *atención* hacia aquello que lo trasciende, el encuentro con el otro. “¿Existen técnicas para purificar y reorientar una energía que es por naturaleza egoísta, de forma tal que cuando lleguen los momentos de elección estemos seguros de actuar correctamente?” (Murdoch, 2001, p. 60). El cultivo de la visión y el trabajo de la atención constituyen condiciones indispensables para el ejercicio del discernimiento práctico.

“Lo único que es realmente importante es la capacidad de ver todo claramente y responder de manera justa, lo cual es inseparable de la virtud” (Murdoch, 2001, p. 90; el énfasis es mío). Murdoch opta por una versión ‘mundana’ del ideal platónico de *theoría* —a mi juicio, una lectura plausible de *La República* VI–VII, la “salida de la caverna”—. La intelección (*nóesis*) de las formas, constituye un paso decisivo en el camino de la comprensión de la vida misma, que exige el retorno a la caverna, al mundo ordinario, el acceso a la *nóesis* constituye una invitación a mirar con nuevos ojos la totalidad de lo que aparece, incluyendo la ciudad, para darle a cada cosa el lugar que le corresponde. Se trata de un camino de purificación del “alma” en lo cognoscitivo y en lo moral. Supone *rendirse ante la verdad*. Murdoch se pregunta cómo es posible plantear esta búsqueda platónica de clarividencia en un ‘mundo sin Dios’ —como aparentemente es el nuestro—. Plantea su propia posición con suma lucidez y transparencia: “sugeriré que Dios *era* (o es) un *objeto de atención único y perfecto, trascendente, no-representable y necesariamente real*; y sugeriré también que la filosofía moral debería intentar mantener un concepto central que tenga todas estas características” (Murdoch, 2001, p. 61). Nuestra autora plantea retomar uno de los “nombres” originarios de este “objeto”: el *Bien*.

Debo decir que hace muchos años que un libro no capturaba mi atención de esa forma. Murdoch argumenta persuasivamente, haciendo gala de un precioso dominio de la expresión. *La soberanía del Bien* pretende iniciarnos en la salida del horizonte del yo como ‘lugar de ilusión’. Adquirir la disciplina que supone el cultivo de un arte, aprender un lenguaje, estudiar una ciencia nos permite salir de ese juego de espejos, abrirnos a la realidad trascendente y ejercitar las virtudes: todas estas *technai* exigen el cuidado de la honestidad, la templanza, el valor, el sentido de la justicia, así como un cierto juicio realista respecto del mundo de las prácticas y del propio curso de la vida. La ética no es fundamentalmente una clase de conocimiento especializado; es una forma de saber práctico basado en la educación de la mirada, un “saber” accesible a todo ser humano que pretenda salir del territorio del hipertrofiado yo: “uno podría decir que la auténtica moralidad es un tipo de *misticismo no esotérico*, que tiene su fuente en un amor, austero y no buscador de consuelo, por el bien” (Murdoch, 2001, p. 94).

Referencias

- Murdoch, Iris (2001). *La soberanía del Bien*. Madrid: Caparrós.
- Weil, Simone (1964). *Pensamientos desordenados acerca del amor a Dios*. Buenos Aires: Sudamericana.